

Pasajero de medianoche

Edgar Petrovich

PASAJERO DE MEDIANOOCHE



NUNCA SABES QUIÉN PODRÍA SER TU PRÓXIMO PASAJERO

XEHCNOM

Capítulo 1

Era un día de octubre, cálido como otro cualquiera en la ciudad de Asunción, el pronóstico para el día indicaba una jornada tranquila, con esas "casuales tormentas eléctricas" que nadie tomaba en serio, pero al transcurrir el día la excepción de la regla llegó de sorpresa y la ciudad registró una de sus peores tormentas del año.

Aun así, ni siquiera el caos de afuera pudo quebrar la paz y tranquilidad que respiraba Ramón dentro de su coche. El sonido de las grandes gotas de lluvia golpeando el parabrisas era, sin duda, la invitación a una siesta reparadora para las diez y seis horas de trabajo que completó el día anterior cubriendo el turno a otro compañero de parada.

El cuero del asiento, recubierto en piel gamuza con los colores del club de sus amores, se hacía más y más acogedor mientras las ráfagas de viento silbaban entre las copas de los árboles creando la atmósfera perfecta para dormir. Sus ojos dieron sus últimos parpadeos, y cerciorándose con dificultad de que la madre naturaleza no había cedido ni un poco con la dureza de aquella tormenta de primavera, no dio mayor resistencia al cansancio que en él pesaba.

Aquel telefonazo resonó en toda la parada 78 y como era de esperarse, propinó a Ramón el susto de su vida al sacarlo del sueño en el que se encontraba. Primero no se supo ubicar, ni en tiempo ni en espacio, y el pitido de la llamada entrante se hacía eco cada vez con mayor fuerza.

- ¡Añarakópe guare!- fue la seca expresión que emitió al no encontrar su teléfono celular. Ya despierto, muy nervioso por el momento, pero despierto al fin, miró desolado la pantalla del celular preguntándose ¿Qué será que quiere Silvio?- un hombre joven, compañero de trabajo que días atrás se había convertido en padre y estaba con licencia por paternidad, que a los ojos de Ramón se veía como unas vacaciones innecesarias. Se percató de la hora, diez y veinte de la noche, y cuando se disponía a devolver la llamada, otra vez ese horrible pitido silenció el armónico sonido de la ya tenue lluvia.

- Hola... ¿Mba'epio reipota?- fueron las palabras de saludo salpicado de enojo que Ramón pudo dar.

- ¿Vos pio estás en la parada?-respondió una chillona voz - Tengo un cliente que necesita un taxi urgente si le podés buscar...

-Si estoy acá, decime nomás dónde es y voy ahora mismo- respondió con espíritu de servicio

-El Doctor Arguello es - advirtió el muchacho - en la planta baja del Hospital Militar te va a esperar, es mi cliente de todos los días, pero le voy a hablar para dejarle a tu cargo a partir de ahora hasta que yo vuelva - remató

- Espero que al menos la paga pueda saldar lo que acabas de hacer -

bromeó el somnoliento conductor y se dirigió al lugar.

Ya había escampado para cuando llegó al citado hospital, pero la luna escondida detrás de grises y bajas nubes lo mantenían en guardia por si hubiera una segunda arremetida del temporal. A simple vista no distinguía a ningún doctor, ni siquiera a alguna persona en el lugar donde le había encomendado su joven compañero.

- Anichene ohoma- pensó preocupado Ramón mientras aparcaba junto al pasillo de acceso y buscaba en su autorradio alguna melodía que lo acompañe.

El silencio irrumpió su estado de trance pos sueño, y sintió unos frágiles golpes en la ventana posterior, divisó en el retrovisor la figura de un hombre anciano, con una maleta en la mano y un largo tapado en cuero negro.

- ¿Doctor Arguello?-preguntó

- Mientras me permita ingresar al vehículo, y me evite una hipotermia, lo seguiré siendo muchacho- respondió el hombre de negro con una tímida sonrisa que escondía el cansancio de un largo día laboral.

-Adelante, por favor -se disculpaba Ramón mientras le sacaba el seguro a las puertas del auto.

Una vez acomodado el anciano señor, la actitud muda de ambos se hizo cargo de llenar la naciente relación con incomodidad

-¿A dónde lo acerco Doctor?- Preguntó el taxista

-Siga derecho -respondió desde la oscuridad de la parte de trasera del vehículo el pasajero- le indicaré el camino a medida que avancemos.

Recorrieron veinte minutos con prolongados silencios, interrumpidos por lacónicas indicaciones del médico. Cruzaron toda la ciudad, y tal vez adrede, pasaron por el atajo del viejo cementerio, el ocurrente doctor comentó:

-Viernes, móvil trece, y nosotros en medio del cementerio... ¿No se le eriza la piel al pensar en esta tétrica coincidencia?

-Lo único que hace que la piel se me erice de miedo es pensar que al terminar mi turno debo ir a casa para estar con mi señora-respondió con gracia Ramón, característico de un hombre noble sin estudios. El sereno vehículo se vio envuelto en la risa atenuante de aquel doctor que no esperaba tan hilarante respuesta

-Es por eso que me casé cuatro veces, pero me divorcié solo una vez- contribuyó el médico entre risas

Después de un par de giros más, y mientras tarareaba la canción que sonaba en la radio el Dr. Arguello advirtió:

- Ya llegamos, es aquella casa de ahí, con el perro dormido frente al portón - sentenció un poco más desinhibido.

- Cuarenta y tres mil guaraníes hasta aquí doctor - dijo Ramón

-Tome cincuenta y quédese con el cambio, mañana lo espero a la misma hora señor...- quedó suspendido esperando la respuesta del conductor

-Ramón -soltó el taxista- me llamo Ramón
- Entonces mañana lo espero en el hospital a la misma hora señor Ramón, ¿Podrá?-continuó el doctor mientras bajaba del auto
- Ahí estaré sin falta- respondió.

El taxista llegó al día siguiente a las once de la noche, la hora pautada, y desde ese día aquella cita laboral para Ramón se volvió una rutina, se creó un lazo de amistad que compartieron por mucho tiempo, mucho tiempo que pasó de semanas continuas a meses, y meses que pasaron a ser años de idas y vueltas desde aquel hospital, a la misma hora, con el mismo pasajero, y por los mismos caminos.

Hablaban acerca de la vida, experiencias vividas, de caminos que pudieron haber recorrido juntos por las personas en común que conocían, de fútbol, y sus respectivos clubes que defendían hasta discutir con enfado, también hablaban de mujeres, amores y aventuras con relatos que dentro del auto estaban lejos de aquella cita que dice que "Un caballero no tiene memoria". Fueron buenos tiempos para los dos, como un receso de veinte y cinco minutos para el trajín diario donde hacían catarsis, bromeaban, escuchaban al otro y se relajaban riendo con casuales charlas sin fundamentos ni razón.

De vez en cuando, cuando pasaban por el precario atajo en medio del cementerio de la ciudad, el doctor, ahora amigo del taxista, hacía algún comentario trágico sobre la muerte y el misterio de qué pasa después de la vida. Su condición de doctor hizo que pase por muchas experiencias cercana a la muerte, y sus historias no siempre eran bien recibidas por el conductor, quien no era apegado a los cuentos de terror ni se emocionaba con la sensación de miedo.

- Está bien sentirnos con miedo algunas veces- dijo el doctor en uno de sus viajes - es señal de que estamos vivos y no somos todopoderosos como a veces pensamos ¿No crees? O sino preguntemos a uno de nuestros amigos acá enterrados si no están dispuestos a sentir el mayor de sus miedos con tal de volver por un momento, si no se enfrentarían a sus pesadillas por tener unas horas más para ellos.

- Con los muertos no se juega- dijo serio el taxista- pero tenés razón en algo... no es por decisión de ellos que están ahí.

- Me gusta que lo entiendas- respondió el Doctor Arguello- Igual cuando yo muera y tengas que pasar por acá te voy a recordar lo bueno de estar vivo.

La sentencia no tuvo respuesta del conductor, no supo tomarlo como broma y lo único que quería era terminar de cruzar ese oscuro camino de silencio sepulcral.

Pasaron tres años hasta que un día el doctor faltó a aquella tradición nocturna que habían establecido el viejo hombre y el taxista, y en la noche siguiente la ausencia se vio repetida. Al tercer día en el que su

pasajero de medianoche no se pronunció, y nada avisaba, despertó la preocupación de Ramón.

Como en otras noches, el taxista tomó el camino hacia la casa del Doctor Arguello, atravesó el atajo del viejo cementerio y al llegar a la cuadra de su fiel pasajero vio muchos vehículos y personas vestidas de negro, suponiendo acertadamente lo peor, estacionó su frío móvil trece bajo el árbol de pomelo para permanecer silenciosamente en duelo.

Aquel hombre por el que tuvo que salir de un sueño profundo aquella noche de octubre, la noche anterior había cerrado sus ojos para así quedar dormido para siempre. Ramón intentó encontrar consuelo pensando en que al menos en los últimos días no estaba viendo sufrir a su amigo por alguna enfermedad, y que no hubo dolor en el repentino infarto que lo fulminó en el último sueño al que se sumergió.

El taxista, perplejo y dolido, acomodó el retrovisor para fijar la mirada en el espacio que el doctor con lealtad ocupó hasta días atrás, y cuando se preparaba para marchar luego de soltar un profundo suspiro como de despedida, escuchó una voz suave viniendo desde la parte trasera del vehículo:

-Tardaste mucho en llegar muchacho- dijo la voz- hoy no nos vamos a casa, esta noche solo quiero pasear.

Las puertas se bloquearon, el autorradio antiguo comenzó a emitir horribles chillidos como salidos del más allá, y se alejaron de la casa acompañado del ladrido del decrepito perro del doctor, hacia la oscuridad del antiguo atajo en el cementerio.